



GIANCARLO MONTEMAYOR, EDITOR GENERAL

La iglesia que discipula



Contenido

Capítulo 1: El discipulado y la iglesia local <i>Sugel Michelén</i>	7
Capítulo 2: El discipulado y el pastorado <i>Miguel Núñez</i>	23
Capítulo 3: El discipulado y el liderazgo <i>Juan Sánchez</i>	35
Capítulo 4: El discipulado y la predicación <i>Sugel Michelén</i>	43
Capítulo 5: El discipulado y la disciplina <i>Giancarlo Montemayor</i>	53
Capítulo 6: El discipulado y la consejería <i>Miguel Núñez</i>	69
Capítulo 7: El discipulado y el matrimonio <i>Joselo Mercado</i>	79
Capítulo 8: El discipulado y la crianza de los hijos <i>Juan Sánchez</i>	87
Capítulo 9: El discipulado en el ministerio de las mujeres <i>Wendy Bello</i>	101

El discipulado y la iglesia local

Sugel Michelén

Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.

Mat. 28:18-20

Cuando el Señor Jesucristo murió en la cruz del Calvario, tenía apenas unos cuantos discípulos además de los apóstoles, a los que seguramente se añadieron algunos más después de la resurrección. Hechos 1 señala que en el Aposento Alto había 120 personas orando. Ese era todo el cristianismo; esa era la iglesia al inicio de la era cristiana.

Sin embargo, en el año 250 d. C., en todo el Imperio romano, los cristianos se contaban por millones. ¿Qué hizo posible este crecimiento tan extraordinario? Sobre todo, considerando que eran

cristianos perseguidos; era una iglesia perseguida, pero creciente. La respuesta más obvia es que Jesús estaba cumpliendo la promesa que hizo en Mateo 16:18: «... edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella». Es Dios quien edifica Su Iglesia. Es Dios, en Su soberanía, el que hace eficaz la predicación del evangelio. Pablo declaró: «Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios» (1 Cor. 3:6).

Sin embargo, Dios utiliza medios para llevar a cabo Su obra. En este caso en particular, es indudable que estos primeros cristianos tomaron muy en serio las palabras de Jesús en Mateo 28:19 «... id, y haced discípulos a todas las naciones...». Cuando se predica sobre este texto, conocido como la Gran Comisión, la mayoría de los cristianos nos sentimos abrumados por la inmensidad de la tarea que tenemos por delante. También es posible que sintamos un gran complejo de culpa porque no hacemos todo lo que deberíamos hacer para alcanzar a un mundo que no conoce a nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo.

Sin duda debemos sentir una fuerte carga en nuestro corazón por la gran cantidad de personas en este mundo que nunca han escuchado hablar sobre Jesús. Debemos sentirnos amonestados cuando no percibimos en nuestro corazón un genuino interés por la salvación de los perdidos y por dar a conocer lo que el Señor Jesucristo nos ha dado por gracia. Es apropiado que experimentemos estos sentimientos si somos cristianos. Sin embargo, considero que no debemos leer las palabras del Señor Jesucristo en Mateo 28 como una amonestación perpetua a la iglesia, que es como muchos interpretan este pasaje: «¡Dejen de estar perdiendo el tiempo en boberías y salgan a predicar el evangelio!». Sí, debemos dejar de perder el tiempo. Y, por supuesto, debemos salir a predicar el evangelio. Pero no creo que ese haya sido el tono con el que el Señor Jesucristo pronunció estas palabras.

El discipulado y la iglesia local

Experimentar un permanente complejo de culpa no es lo que impulsará a la iglesia a salir a predicar el evangelio a un mundo que perece en sus pecados. Entonces, ¿cuál es el combustible que impulsa la evangelización y el discipulado? ¿Qué impulsa a la obra misionera? La culpa no motiva. Lo que motiva a la iglesia es algo más. El combustible es un profundo sentido de asombro por el poder, la gloria, la hermosura y la majestad de nuestro bendito Señor y Salvador. ¡Todos nosotros hablamos de aquello que admiramos! Lo que tú y yo necesitamos es asombrarnos más.

Hemos perdido nuestra capacidad de asombro. Y cuando perdemos la capacidad de asombro, perdemos la pasión. Si tú y yo queremos tener pasión por el evangelismo, por la obra misionera y por el discipulado, necesitamos asombrarnos más de la grandeza, la gloria, la majestad y la hermosura de nuestro Señor. Este asombro debe ser acompañado por el gozo y la gratitud de saber que hemos sido salvados por gracia; por el genuino interés por aquellos que se pierden; y por la seguridad incombustible de la presencia del Señor en nuestras vidas: «... he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mat. 28:20). Ese es el combustible que impulsa a la iglesia a salir de su zona de comodidad para llevar el evangelio hasta lo último de la tierra, sin importar el costo que tengamos que pagar por ello.

Mi propósito en este capítulo es que cada uno de nosotros pueda ser atrapado por la correcta perspectiva de la Gran Comisión y podamos determinar llevar a cabo la tarea que el Señor nos ha encomendado.

Existen al menos tres enseñanzas en este pasaje que son de vital importancia para desarrollar en nosotros una convicción arraigada en la importancia del discipulado en la iglesia.

1. La suprema autoridad de Jesús define y sustenta la Gran Comisión.

No podemos ir directamente a Mateo 28:19, dejando de lado el versículo 18: «Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos...» (Mat. 28:18-19). Existe una conexión entre la autoridad de Jesús y el cumplimiento de la Gran Comisión. Debemos de salir y hacer discípulos en todas las naciones porque a Jesús le fue conferida toda autoridad en el cielo y en la tierra. Podríamos preguntar: ¿No tenía Jesús esa autoridad desde siempre? Él es la segunda persona de la Trinidad encarnada, ¿quién le confirió esa autoridad? ¿Y por qué tuvo que dársele algo que ya tenía? Para responder estas preguntas, debemos colocar la Gran Comisión en el contexto de la gran historia de redención que se nos narra en la Escritura. Llegar directamente a Mateo 28 para intentar comprender la misión que se le ha encargado a la iglesia, es como comenzar a ver una película a la mitad. Existe toda una historia detrás de Mateo 28.

Esta historia comienza en Génesis 1. Si deseas comprender la Gran Comisión, no puedes empezar en Mateo; debes comenzar en Génesis 1. Después de describir el escenario de la creación, donde Dios desplegaría Su gloria, Génesis 1:26-28 narra que Dios creó «al hombre a Su imagen»:

Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad

y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra.

El hombre fue creado a la imagen de Dios con el propósito de llenar la tierra de imágenes vivientes de Dios. «Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra...». Creó hombres y mujeres que se encargarían de poblar el mundo en el nombre de Dios, y para gloria de Dios. La Gran Comisión de Mateo 28 se encuentra íntimamente relacionada con esta responsabilidad que Dios dio al hombre desde el principio y que fue saboteada por el diablo en Génesis 3.

Adán y Eva cedieron a la tentación de actuar como seres autónomos y, por causa de su rebeldía, la imagen de Dios en nosotros fue distorsionada. Pero el diablo nunca se puede salir con la suya, ¡gloria al Señor por eso! Dios es soberano. Así que, Dios, en lugar de exterminar a la raza humana, prometió redención a través de un Salvador nacido de mujer; de un hombre como nosotros (Gén. 3:15); el «postrer Adán», como le llama Pablo en 1 Corintios 15; un hombre que, siendo Dios, revertiría todos los efectos de la caída, incluyendo la restauración de la imagen de Dios en nosotros. ¡De eso se trata el discipulado! El discipulado es la restauración de la imagen de Dios.

Más adelante en Génesis, Dios escoge a un hombre llamado Abraham, a quien promete darle descendencia y bendecir a través de él a todas las familias de la tierra. Lo que Adán perdió en el paraíso, sería recuperado por ese descendiente de Abraham. Sabemos que ese Salvador prometido es nuestro Señor Jesucristo. En Mateo 1:1 leemos: «Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, **hijo de Abraham**» (énfasis añadido). Nuestro Señor Jesucristo obedeció perfectamente la ley de Dios durante toda Su vida, lo que ni Adán, ni

ningún otro ser humano jamás ha podido hacer. Luego murió como nuestro sustituto, cargando con nuestra culpa en la cruz. Pero resucitó al tercer día y ascendió a los cielos, donde se encuentra sentado a la diestra de Dios, «sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el venidero» (Ef. 1:21).

Esto significa que ahora hay un hombre, que también es Dios, a quien el Padre le ha conferido una autoridad infinitamente superior a la que Adán perdió en el paraíso: «Toda potestad me es dada» (Mat. 28:18). Jesús de Nazaret, el hijo de María, ha sido coronado en los cielos y ahora gobierna como Rey de reyes y Señor de señores. Él se humilló hasta lo sumo, «haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Fil. 2:8), pero Dios «también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre» (Fil. 2:9-11).

Esta realidad se encuentra detrás de las palabras de Jesús en Mateo 28:18: «Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra». Como la segunda persona de la Trinidad, Él siempre tuvo esa autoridad, porque Él es Dios. Pero en Su calidad de Mesías, como el «postrer Adán», a Jesús se la ha conferido toda autoridad sobre todo lo creado para llevar a cabo la encomienda en la que el primer Adán fracasó.

Al comenzar a orar por Sus discípulos en Juan 17, Jesús exclamó: «Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti; **como le has dado potestad** sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste» (Juan 17:1-2, énfasis añadido). Dios Padre le confirió autoridad a Jesús en Su calidad de Mesías; como Aquel que siendo Dios se hizo hombre para dar Su vida en la cruz por aquellas ovejas que el Padre le entregó. Por lo tanto,

El discipulado y la iglesia local

es imposible que Su obra fracase como la del primer Adán. Jesús es el Señor. Él gobierna desde las inmensas galaxias del universo hasta las partículas atómicas que tú y yo no podemos ver. Él ejerce poder y autoridad sobre todas las cosas creadas y sobre todas las acciones de los hombres y de los ángeles buenos y malos. De manera que es imposible que alguien pueda impedir que Él lleve a cabo la obra que el Padre le encomendó.

Vayan y prediquen este evangelio. Hagan discípulos a todas las naciones porque yo soy el Soberano del universo. Nada ni nadie puede impedir que las ovejas escogidas por el Padre vengan a Mí para comenzar a restaurar en ellas la imagen de Dios.

Lo que Jesús enseña es que no hay gobierno humano que pueda detenerlo, no hay ninguna religión que pueda retener a las ovejas de Cristo. No importa dónde están cautivas estas ovejas, nada les impedirá llegar a Él. No importa si están sumidas en el islam. No importa si viven en Corea del Norte. *Mis ovejas oirán Mi voz y vendrán a Mí porque Mi Padre me dio toda potestad para darles vida eterna a todas las ovejas que Él me entregó.*

Por esta razón podemos salir con toda confianza a predicar el evangelio, a hacer discípulos, sabiendo de antemano que al final de la historia, todas las ovejas del Padre, de toda tribu, pueblo, lengua y nación estarán en Su presencia en aquel día, alabando a gran voz: «El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza» (Apoc. 5:11). ¡Todas las ovejas estarán ahí!

La suprema autoridad de Jesús define y sustenta la Gran Comisión.

2. La Gran Comisión es amplia y profunda en su alcance.

Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado (Mat. 28:19).

Esta comisión es amplia en su extensión porque incluye el mundo entero. *Vayan y proclamen por el mundo que Yo soy el Señor sobre toda cultura, sobre toda nacionalidad. No existe un salvador para los judíos y otro para los chinos y otro para los hispanos. Solo a Mí se me ha conferido toda autoridad en el cielo y en la tierra para dar vida eterna a las ovejas que el Padre me dio.*

Todos los hombres, de toda cultura, de todas las razas y de todas las religiones tienen que arrepentirse de sus pecados y confiar únicamente en Cristo. Si no hacen esto, se perderán en el infierno. «Jesús dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí» (Juan 14:16). «No hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos» (Hech. 4:12). Solo en Jesús hay salvación.

Es importante señalar que esta comisión que el Señor nos ha dado no es hacer «convertidos», sino hacer discípulos. La Gran Comisión no es hacer campañas evangelísticas para que algunas personas levanten la mano y digan que quieren ser cristianas. La Gran Comisión es *hacer discípulos*.

¿Qué es un discípulo? Es un seguidor de Jesús, alguien que ha decidido abandonar su autonomía y rendirse ante Jesús como su único Dueño y Señor. Una de las mejores definiciones de un discípulo se encuentra en Efesios 4:20. Pablo estaba exhortando a los cristianos

en Éfeso a vivir a la altura de su vocación, no como los gentiles «que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón» (Ef. 4:17-18). Pablo señala que los creyentes no debían comportarse de esa manera porque no habían «aprendido así a Cristo» (Ef. 4:20).

No es solo un conjunto de doctrinas lo que el discípulo debe aprender. Debe conocer a una persona, a quien la Biblia señala como «la imagen visible del Dios invisible» (Col. 1:15) y como «el resplandor de su gloria y la expresión exacta de su naturaleza» (Heb. 1:3, LBLA).

Conectemos esta enseñanza con Génesis 1. He señalado que Cristo vino a restaurar en nosotros la imagen de Dios que quedó estropeada por causa del pecado. Dios había dado una tarea a Adán y Eva: llenar la tierra de imágenes vivientes de Dios. Pero ellos fracasaron. Sin embargo, ahora, Jesús está llevando a cabo esta tarea junto a Su esposa, la Iglesia. La obra que el primer Adán debió haber hecho mediante la *procreación*, Jesús ahora la está llevando a cabo mediante la *regeneración*. ¡La obra es la misma! Llenar la tierra de imágenes vivientes de Dios.

La Iglesia es la ayuda idónea del segundo Adán. Jesús ha decidido llevar a cabo esta comisión junto con Su esposa. ¡Esto es hacer discípulos! Él pudo haber llevado a cabo la evangelización de los perdidos sin la intervención de nosotros. Pero Él ha decidido utilizar a la Iglesia a través de la proclamación del evangelio en el poder del Espíritu Santo, para congregar a Su pueblo de todas las familias de la tierra: «.... como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios» (2 Cor. 5:20). ¡Qué privilegio! Dios está rogando por medio de nosotros.

El rescate de los perdidos no es la principal misión de la iglesia. El rescate de los perdidos es una misión de Dios. Cristo no les dijo a Sus discípulos: «Ustedes edificarán Mi iglesia». Tampoco dijo: «Yo edificaré tu iglesia». Cristo declaró: «edificaré *mi* iglesia» (Mat. 16:18, énfasis añadido). La Gran Comisión la lleva a cabo Jesús, *a través de* Su iglesia, para edificar la iglesia; comienza en la iglesia y termina en la iglesia.

Ya he enfatizado que la Gran Comisión no es hacer «convertidos». Me gustaría agregar que la Gran Comisión tampoco es hacer discípulos aislados. La Gran Comisión es establecer discípulos en iglesias locales. *Comienza en la iglesia y termina en la iglesia.* Jesús está llevando a cabo lo que Él prometió hacer: «edificaré Mi iglesia» y lo hace *a través de* Su iglesia.

Un escalpelo no puede operar a nadie, pero un cirujano sí puede hacerlo utilizando el escalpelo. ¡Eso es precisamente lo que Dios está haciendo! Él usa personas como tú y como yo para llenar la tierra de redimidos en quienes resplandecerá, algún día, Su gloria sin ninguna distorsión.

¿Cuál es el papel que le corresponde a la iglesia para llevar a cabo esa tarea? En nuestro pasaje observamos tres palabras que nos señalan cómo podemos hacer discípulos: «id», «bautizándoles», «enseñándoles».

«Id»

Lo primero que se nos pide es ir y proclamar el evangelio, predicando en el nombre de Jesús «el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones» (Luc. 24:47). Debemos salir a proclamar la buena noticia de que Cristo pagó nuestra deuda en la cruz del Calvario, que hay perdón en Él para todo aquel que cree. En otras palabras, Dios ha determinado usar nuestras bocas para hacer escuchar Su Palabra en el mundo (más sobre este tema en el capítulo 4).

«Bautizándoles»

Pero no solo debemos predicar el evangelio, debemos bautizar a los creyentes en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Es por medio del bautismo en agua que venimos a formar parte de una iglesia local, donde aprenderemos lo que implica en la práctica ser un seguidor de Jesús como Amo, Dueño y Señor de nuestra vida. Esto sucede en el contexto de la iglesia local.

Tristemente, el número de personas que profesan ser cristianas, pero no pertenecen a ninguna iglesia local, va en aumento. Esta no es la voluntad de Dios. Él quiere que pertenezcamos a una iglesia local, no solo para escuchar un sermón cada domingo, sino también para tener comunión con los creyentes. Es en el contexto de la iglesia local, en el roce «hierro con hierro», que se desarrolla en nosotros la imagen de Jesús. Ahí viviremos todo tipo de experiencias, agradables y desagradables, que nos ayudarán a desarrollar el fruto del Espíritu (Gál. 5:22-23). Es en medio de esta comunidad de gracia en donde aprendemos de Jesús.

Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo (Ef. 4:11-13).

Esto es lo que sucede en la iglesia local. Los pastores predicen la Palabra a los santos y los santos llevan a cabo la obra del ministerio. Esa Palabra que nace del púlpito debe rebotar en el corazón de los

miembros de la iglesia local, al ministrarse unos a otros esa Palabra durante la semana.

Pablo continúa:

Para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor (Ef. 4:14-16).

¡Qué gran diseño! Los pastores predicán y la Palabra de Dios comienza a rebotar por las coyunturas, los puntos de unión, los cristianos de carne y hueso que tienen defectos como tú y como yo.

«Enseñándoles»

La enseñanza también ocurre en el contexto de la iglesia local. No podemos separar Mateo 28 (la Gran Comisión) de Mateo 16 («edificaré mi iglesia») y Mateo 18 (la disciplina en la iglesia). Es en el contexto de una comunidad de redimidos interactuando con otros seres humanos que están en el mismo proceso de santificación que nosotros aprendemos a guardar todo lo que Cristo nos ha mandado. Eso no se aprende aislándonos de los demás. La santificación progresiva es un proyecto de comunidad.

3. Existe una promesa que nos anima, consuela y fortalece en el cumplimiento de la Gran Comisión.

He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén (Mat. 28:20).

¿Quién hizo esta promesa? El mismo que dos versículos antes declaró: «Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra» (v. 18). Aquel que tiene toda potestad en cada rincón del universo ha prometido estar con los Suyos todos los días.

Cuando salgamos y proclamemos el evangelio vendrán problemas y dificultades, ¡pero no estamos solos! Él ha prometido estar con nosotros en cada momento, en cada segundo, de nuestra vida. Esta es una promesa sin fecha de vencimiento: «Hasta el fin del mundo». Hasta Su segunda venida, hasta que se convierta la última de Sus ovejas que el Padre le dio, Jesús estará con nosotros.

Es esto, y no el sentimiento de culpa, lo que nos impulsa a salir de nuestra zona de seguridad y comodidad. Esto es lo que nos mueve a salir y compartir con otros el glorioso mensaje de salvación que se revela en la Escritura, sabiendo de antemano que «la tierra será llena del conocimiento de la gloria de Jehová, como las aguas cubren el mar» (Hab. 2:14).

Conclusión

El Señor nos ha dado el enorme privilegio de ser parte activa en el cumplimiento de esta promesa mientras compartimos con otros el mensaje del evangelio de la gloria de Cristo, quien es la imagen de

Dios. Por tanto, la Gran Comisión es para ti y para mí si somos cristianos.

Esta no es una sugerencia. No se llama la Gran Sugerencia. ¡Es una orden! Es la Gran Comisión. ¿Pero acaso no es un gozo compartir con otros las inescrutables riquezas de Cristo para que Su alabanza continúe traspasando las fronteras y resonando en gente de todo pueblo, toda raza y toda cultura?

Tenemos un gran Salvador que compró para nosotros una gran salvación que ahora está disponible para todo aquel que cree. Debemos pedir a Dios en oración por nosotros y por el resto de la iglesia lo que Pablo pedía por los creyentes en Éfeso:

... que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales (Ef. 1:17-20).

Cuando poseemos una visión fresca de la esperanza que tenemos en Cristo, de la gloria que nos espera y de la belleza de nuestro Salvador, ¡es imposible callarnos! Necesitamos esta visión fresca de la gloria incomparable de nuestro bendito Salvador y de Su sorprendente gracia que nos salvó con el precio de Su sangre.

Un creyente del siglo XIX declaró: «Jesus estaba tan decidido a salvar a los pecadores por el sacrificio de sí mismo que creó el árbol del que

El discipulado y la iglesia local

se sacó la madera para la cruz sobre la que Él murió y nutrió desde la infancia a los hombres que lo clavaron en ese maldito madero». Todo aquel que ha abrazado en su corazón el evangelio y está creciendo en su entendimiento y deleite, dirá como los apóstoles: «No podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído» (Hech. 4:20).

Que el Señor nos conceda un deseo renovado de proclamar el evangelio a los perdidos, y de hacer discípulos en el contexto de la iglesia local, en el poder de Su Santo Espíritu.

Comencemos por nuestra Jerusalén, pero anhelemos con todo nuestro corazón que las noticias de nuestro Salvador continúen avanzando como una onda expansiva hasta lo último de la tierra. A Él, y solo a Él, sea toda la gloria, toda la alabanza y todo el poder por los siglos de los siglos. Amén.